SK BARNETT

# A SALVO

«Adictivo.» ***Kirkus Reviews***

«Provocador.» ***Booklist***

Planeta

S. K. BARNETT

# A SALVO

Traducción de Maia Figueroa Evans

Planeta

Título original: *Safe*

© James Siegel, 2019
© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020
ISBN: 978-84-233-5805-2
Depósito legal: B. 13.411-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotapapel
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

Avenida Forest, el eje del vecindario; tres carriles en cada sentido y el Forest Avenue Diner (plato del día a partir de las cinco de la tarde, postre y café incluidos) haciendo guardia desde el extremo noroeste, ¿o era el noreste? Nota mental: comprobar la orientación. Pero daba igual porque me acordaba.

Solíamos frecuentar esa cafetería el domingo, una tradición de la familia Kristal que había empezado cuando yo era tan pequeña que tenía que ocupar una trona de esas rojas de plástico.

Me pregunté si seguían yendo; mi madre, mi padre y Ben, si habían mantenido la tradición contra todo pronóstico, o si la habían abandonado mucho tiempo antes, si habían escogido otro establecimiento para el desayuno de los domingos, o si habían dejado de salir.

Justo cuando pasaba por delante, la puerta se abrió de golpe y dejó escapar una mezcla de olores a tortitas, sirope y huevos fritos. Lo admito, tenía hambre. Pero en aquella época siempre estaba hambrienta, y lo había estado desde que me alcanzaba la memoria.

El bulto que tenía en el bolsillo de los vaqueros parecía de un billete de dos dólares. No me llegaba para un bollo

tostado ni para un huevo. Quizá para un café... pero ¿de qué me serviría?

Seguí flotando, porque la sensación que tenía era la de flotar, igual que si sobrevolara el vecindario como en un sueño, cuando estás en la calle y también por encima de ella y recuerdas las cosas a medias o nada en absoluto, y todo está idéntico y tan distinto que sorprende. Como yo.

Era finales de otoño y aún hacía el calor suficiente para que me dieran ganas de deshacerme de la sudadera con cremallera. La acera estaba salpicada de hojas marrones tan quebradizas que al pisarlas se convertían en polvo.

De hecho, me lo tomaba como un juego; más que caminar por la calle, iba anunciando mi presencia con el crujido de las hojas que aniquilaba a cada paso. «Hola, he vuelto.» Me movía en una especie de zigzag, pues algunos de los comerciantes habían amontonado las hojas recién barridas y eso me obligaba a ir de un lado a otro si quería seguir pisándolas, pensando que a lo mejor tenía pinta de haber fumado algo, como el que vuelve a casa dando tumbos después de salir toda la noche.

Fue entonces cuando lo vi, cuando miré a los ojos a mi yo de seis años. Los ojos casi ni existían y había que forzar mucho la vista para distinguirlos del vacío blanquecino de alrededor. Era un poste de teléfonos, delante de una pizzería. Un perro estudiaba la base del poste antes de decidir si le concedía el honor de rociarlo con su pis mientras la dueña, una mujer de mediana edad, desplazaba la pantalla del móvil con aire lánguido y se comportaba más bien como si no tuviera una correa en la mano con un perro atado a ella.

Quería acercarme al poste y fijarme bien, pero los perros me daban miedo. Así que esperé hasta que la mujer

dejó de mirar el teléfono, echó a andar y se llevó a su mascota a rastras a media meada.

Era como mirarme a un espejo, pensé al plantarme delante del poste, sólo que a un espejo mágico con el que podías retroceder en el tiempo y en cuyo interior se escondía un mundo paralelo de locos. Yo volvía de ese mundo de locos. E iba camino de entrar en el dormitorio de cuando tenía seis años, donde todos mis juguetes seguían colocados donde los había dejado. Recuerda: las Bratz, Elmo, las dos Barbies. Una manada de caballos de plástico, uno de ellos una yegua palomina a la que había llamado Goldy.

«Recuerda...»

—Oye.

Hizo falta un segundo «oye» con voz nasal para que cayera en que esa persona hablaba conmigo.

Era un chico. Nada nuevo. Déjame en cualquier acera y lo más probable es que se me acerque algún tío a ligar conmigo. Puede que éste fuera mayor que yo, pero vestía como si fuera más joven, con un pañuelo rojo asomando a uno de los bolsillos traseros de los vaqueros, que le descansaban de cualquier manera sobre las caderas y dejaban ver tres dedos de unos calzoncillos feos de color marrón.

—¿Tienes un piti? —me preguntó.

—No.

No se marchó; puede que estuviera presumiendo ante sus amigos, pues parecía que contaba con público. También tenían aspecto de chavales, más jóvenes que él, y merodeaban en la entrada de la pizzería.

—No eres de por aquí —dijo, a medio camino entre la afirmación y la pregunta.

—¿Quién lo dice?

—Nadie, es que no te he visto nunca.

Intentaba dejarse perilla. Enfatizo lo de intentar, porque tenía la misma pinta que los pelajos desaliñados que les salen a los pacientes de cáncer.

—Vaya, me has pillado —respondí.

—O sea, que no eres...

—¿No soy qué?

—De por aquí.

—Claro que sí. Sólo que últimamente no.

—Ah...

Eso parecía haberlo confundido. Miró el poste un segundo, y me percaté de que sus ojos conectaban con los míos. Mis ojos de antes. Los que aún no habían visto un montón de cosas que no deberían haber visto.

Movió los pies. Al parecer no tenía nada más que decir.

Me volví y seguí mirando el poste: un «largo de aquí» tácito. Al cabo de unos segundos, pilló la indirecta (vale, más bien era una directa) y se escabulló habiendo cumplido la misión, supongo, porque oí los vítores apagados y el ruido de chocar los cinco del gallinero.

Cuando lo miré de nuevo después de unos instantes a solas con mi propia cara, o lo que quedaba de ella, vi que el chico no me quitaba ojo, aunque ya se le había borrado la sonrisita falsa de la cara. Su expresión era distinta. Durante un momento creí saber de qué era. Una mirada de reconocimiento, pero de las de cuando no estás seguro de qué es lo que has reconocido.

«No. No es posible.»

Eché a caminar más rápido de lo que pretendía, aunque seguía siendo un paseo sin rumbo por mucho que tuviera un objetivo difuso en mente. La sensación de estar flotan-

do había desaparecido. Tenía los pies bien puestos sobre la tierra. Sentí un pánico atenazador cuando empezó a pasar un montón de gente por mi lado. Era sábado, ¿no? Muchos habían salido de casa a disfrutar de una temperatura tan alta para la época.

Noté que me tragaban, que la multitud tenía prisa por llegar a alguna parte y arrastrarme con ellos, y yo ya había estado ahí, había pasado por eso; muchas gracias, pero no. Estaba a punto de perder el control de la situación. No era dueña de mí misma.

«Basta.

»Respira hondo. Inspira, espira. Respira hondo...»

De pronto estaba apoyada en un coche gris, en mitad de la acera. Darte cuenta de que estás haciendo algo que no sabías que estabas haciendo produce una sensación extraña, como si fuera sonámbula y alguien hubiese encendido la luz.

Una mujer me miraba, alguien con un carrito y una criatura con un chupete azul en la boca. El azul es para los niños. Estaba allí plantada; intentando adivinar qué me pasaba, supongo.

—¿Estás...? ¿Estás bien?

De repente la tenía a mi lado; había dejado el carrito a un par de metros de distancia para asistir a una chica con una sudadera marrón con cremallera y los vaqueros sucios. Quería decirle: «No, no te apartes del carrito. No sabes lo que puede ocurrir. Tú crees que estás muy cerca, vale, pero estás muy cerca de lo inimaginable. Lo imperdonable. Vuelve».

Eso es lo que quería decirle.

Pero lo que le dije fue:

—Necesito un policía. Por favor. Soy Jenny Kristal y necesito hablar con un policía.

## 2

Me interrogó una inspectora, cosa que debe de ser el procedimiento estándar. Me habían pasado de un agente de policía que durante todo el trayecto hasta la comisaría no había dejado de echarme el ojo por el retrovisor a un recepcionista al que le sobraban veinticinco kilos (en un día bueno) y, luego, a la inspectora, que me dijo que se llamaba Mary.

Fue bastante cortés, me preguntó si tenía hambre («Sí, me muero de hambre»), si necesitaba usar el baño («Sí, llevo horas aguantándome») y si necesitaba un médico («No, estoy bien»).

Entonces me preguntó una vez más cómo me llamaba, para que constase en acta.

—Jenny Kristal.

Era la tercera persona a la que le decía mi nombre en la última media hora; la cuarta si contamos a la mujer del carrito que había llamado al número de emergencias, pero no antes de decirme que el nombre le sonaba de algo.

Se lo repitió al agente que se presentó allí cinco minutos más tarde, después de que él me hubiera puesto a buen recaudo en el asiento trasero del coche patrulla.

—Hubo una niña pequeña que desapareció cuando yo

iba al instituto —había susurrado la mujer—. Aquí fue una historia muy sonada. Yo creo que se llamaba Jenny Kristal... Aunque no puede ser ella, ¿verdad?

El agente había respondido que no lo sabía. Pero cuando se sentó en el asiento de delante, me lo preguntó.

Ya me había preguntado si había tomado algún tipo de narcótico: la mujer pensaba que tal vez estuviese colocada, teniendo en cuenta que me había encontrado abrazada a un coche aparcado.

—Se ha venido abajo —le había dicho ella al agente, que se llamaba Farley.

Le respondí al hombre que no había tomado drogas y que, si no me creía, podía hacerme una prueba, pero que necesitaba hablar con alguien de la comisaría.

—Pero ¿qué te pasa? Esa mujer me ha contado que te ha dado un patatús. ¿Vas de opioides o algo así?

—Hace bastante que no como. Lléveme a la comisaría, por favor.

—Voy a llamar a una ambulancia, señorita...

—No necesito una ambulancia, necesito un Big Mac.

—¿Rechazas la ambulancia?

—¿No puede llevarme a comisaría y ya está?

—Necesito que digas que declinas la ambulancia. Es el protocolo. Puedes negarte a subirte en una si es lo que quieres, pero tienes que decirlo. ¿Eres mayor de edad?

—Sí.

—Y no quieres que llame a una ambulancia.

—No, no quiero.

Entonces fue cuando me hizo sentar en el asiento de atrás.

Pero antes de poner el motor en marcha, se volvió y me

miró a través de la mampara de seguridad, más que nada a nivel de las tetas, y me preguntó si había sido víctima de un secuestro.

—Tu buena samaritana ha dicho que había alguien que se llamaba como tú, o al menos ella cree que era el mismo nombre, a quien secuestraron en esta zona hace doce años. ¿Eres tú?

Mi buena samaritana creía que estaba denunciando a una drogadicta a la que había que sacar de la calle, y yo quería hablar con alguien de la comisaría que no fuera el agente Farley, porque la pregunta de si era mayor de edad la había hecho como si quisiera asegurarse de no ir a cometer estupro.

A partir de ahí, me callé.

Me dediqué a contar esquinas intentando no prestar atención a las personas: una anciana con tacataca, un repartidor negro de UPS que cargaba con una pila de seis paquetes, dos chavales en bicicleta que echaron un vistazo al asiento de atrás para ver a quién se llevaban ese día al calabozo. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco...» Contar significaba algo que hacer para no hablar con Farley ni pensar en qué aspecto tendrían ellos ahora ni en qué me dirían o qué sentiría cuando los abrazara de nuevo. Eran todas muy parecidas entre sí, llenas de hojas y desiertas, pero en el cruce con la calle Elm vi una rayuela dibujada con tiza y traté de recordar cómo se jugaba; tirabas una piedra a uno de los recuadros para saltar por encima a la pata coja y recogerla sin caerte, ésa era la parte complicada.

En la esquina que hacía once había una grieta profunda y extensa como una tela de araña que iba de un lado al

otro; y así, de repente, me quedé atrapada en ella sin poder soltarme.

—¿Qué pasa? —preguntó Farley desde el volante.

¿Había gritado algo? ¿Había golpeado la ventanilla pidiendo que me dejasen marchar?

—La calle Maple... ¿Es aquí donde vivías?

La inspectora Mary llevaba el pelo peinado en un moño muy formal; de hecho, su expresión era muy formal. Supongo que es la cara que tienes que poner cuando te pasas el día lidiando con escoria.

—Bueno, Jenny —dijo la inspectora Mary—. Según el agente Farley, le has contado que vivías en la calle Maple. Allí vivía una niña que se llamaba Jenny Kristal, hasta que desapareció. ¿Dices que tú eres esa niña?

Nota mental: la inspectora Mary no había dicho cuándo había desaparecido Jenny Kristal, la fecha exacta. Quería obligarme a decirlo yo.

De pronto, la grieta de la calle Maple era todo lo que importaba. ¿De verdad era tan amplia como para tragarme?

—Sí —contesté—. Soy yo... Jenny Kristal. Iba andando a casa de mi amiga Toni Kelly y se me llevaron.

La detective Mary había mandado a alguien a por el Big Mac que se me había antojado y de pronto me acordé de algo.

—La noche anterior, antes de que me secuestrasen, habíamos ido al McDonald's. Fue la última vez que vi a mi padre, porque al día siguiente por la mañana él no estaba. Se había ido a trabajar...

Con eso la inspectora Mary se ablandó un poco. Estaba grabándolo todo; me había pedido permiso («Sip»), creo que porque quería mantener el contacto visual conmigo

en lugar de tener que anotarlo todo. Y se lo vi en los ojos, vi cómo se ablandaba.

—¿Cuándo fue eso, Jenny? Exactamente. ¿Cuándo se te llevaron?

Muy bien, seguía con las verificaciones.

—Era verano. El diez de julio de 2007.

—Hmmm... —repuso la inspectora Mary como si yo hubiera dicho algo muy interesante—. Un segundo, ¿cuántos años tenías entonces?

—Seis —respondí.

—Ajá. Tenías seis años, pero ¿te acuerdas de la fecha exacta? Eso me llama la atención porque la mayoría de los niños de esa edad no se fijan en el paso del tiempo como hacemos nosotros.

—Recuerdo la fecha porque es mi cumpleaños.

Ella levantó la mirada como si acabase de pillarme contando una mentira enorme, con una tensión repentina en los labios.

—¿Te secuestraron el día de tu cumpleaños?

—No, se convirtió en mi cumpleaños.

—No te entiendo.

—Mi nuevo cumpleaños. Él decía que era el principio de mi nueva vida y por eso era el nuevo cumpleaños.

Sentí algo húmedo en el rabillo de ambos ojos.

—Él. ¿Quién es él, Jenny?

—Padre.

—¿Padre? ¿El que se te llevó? ¿Se llamaba así de verdad?

—Se llamaba así: Padre. Así es como yo tenía que llamarlo.

—Antes de que nos pongamos con eso, porque me imagino que para ti será muy duro, Jenny, ¿te importa que

sigamos hablando de ese día? ¿Del día antes de que todo esto sucediera?

—¿Por qué?

Yo ya sabía por qué, cómo no; pero quería que me lo dijera ella.

—Siento decir que así es como hacemos las cosas. Es el protocolo. Hay que ir en orden cronológico. De la *a* a la *b*. ¿Te parece bien?

—Claro, ningún problema.

—Perfecto. Entonces, ¿retrocedemos un poco? ¿Cómo fue ese verano? Por ejemplo, ¿qué recuerdas de tu padre y de tu madre? ¿Y del resto de la familia? ¿Tienes hermanos o hermanas?

—Ben —respondí—. Es mi hermano.

Sin embargo, ella sabía de sobra si tenía hermanos y sabía que el que tenía se llamaba Ben. Debía de saber también que le había quedado una cicatriz en la cara interna de la rodilla izquierda, de cuando él tenía seis años y yo lo había hecho tropezar con una de las estacas de metal de las tomateras del jardín. Y que su comida favorita eran las gominolas (por lo menos en aquella época) y que en Halloween yo se las cambiaba por chocolatinas de coco y almendra. Y que su segundo nombre era Horace porque así es como se llamaba nuestro abuelo. Y que le gustaba hacer castillos de arena en la playa y que su personaje favorito de los dibujos animados de la tele era la locomotora Thomas y usaba el trenecito de juguete, que también se llamaba Thomas, para mover la arena de un montón a otro.

Ella ya debía de saber todo eso, pero pensaba preguntármelo de todos modos.

—Vale, Ben —dijo—. ¿Más pequeño que tú?

—Dos años mayor. Él tenía ocho cuando... cuando ocurrió.

—De acuerdo. ¿Y tus padres?

—¿Mis padres qué?

—No sé. Háblame de ellos. Si no te importa.

Me pregunté qué pasaría si contestase: «Pues la verdad es que sí me importa. Me secuestraron, ¿vale? Así que estaría bien no tener que someterme a un interrogatorio, ¿te parece bien? ¿Te importa si no...?».

Sin embargo, seguí hablando.

—Mi madre, a veces me costaba recordarla, ¿sabe? Tenía una madre nueva, pero tenía que aferrarme a la de verdad.

—El tal Padre, ¿tenía esposa?

—Ajá. Madre. Madre y Padre y Jobeth. Ése era mi nombre nuevo. Me dejaron escogerlo y me dejaron mantener la inicial del nombre real. Fueron muy considerados, ¿no cree? Gente muy maja. Pura generosidad.

«Basta de llorar —me dije—. Para.»

—Sé que para ti es difícil, Jenny. Llegaremos a todo eso, te lo prometo. Pero, primero, ¿podemos seguir con tu familia?

—Me lo ha preguntado usted. Ha preguntado por Madre.

—Así es, lo sé. Me he adelantado un poco.

Sonrió o, al menos, esbozó lo que pasa por sonrisa cuando alguien tiene la cara como la mujer del cuadro *Gótico estadounidense*. Bueno, tampoco era para tanto, me estaba ensañando. No obstante, era un incordio, la tal inspectora Mary.

—De momento podemos hablar de tu madre —propuso.

—Vale —respondí—. Yo intentaba acordarme de ella. Lo intentaba todas las noches, para no perderla, ¿me entiende? Ellos querían que los olvidase. Me dijeron que mi madre y mi padre no me querían. Que a partir de entonces mis padres eran ellos. Que los de antes les habían pedido que me quedara con ellos. Y yo sabía que mentían. Lo sabía. Pero es que tenía seis años... Hay una parte de ti que no sabe las cosas. Otra sí. Ésa era la parte a la que me aferraba. La parte a la que escuchaba todas las noches después de...

«Si no paras de moverte, te dolerá más...»

—Cuando volvía a la cama. Cuando estaba sola. Me obligaba a recordar cosas, todo lo que podía: sobre mi madre y mi padre y Ben y el abuelo y la abuela y todos los demás. De cuando fuimos a Disneylandia cuando tenía cinco años, cuando esperamos dos horas para subirnos a la atracción de Dumbo y duró como seis segundos, pero le pedí a mi padre que subiéramos otra vez y él hizo cola conmigo otras dos horas. Y Ben se perdió en la Isla de Tom Sawyer, se perdió dentro de la cueva, y todos tuvimos que buscarlo y, cuando lo encontramos, estaba llorando y le compramos un cucurucho de helado descomunal, más grande que el mío porque él se había perdido, y pensé que era injusto y, después del secuestro, cuando me acordaba de todo eso tumbada en la cama, pensaba que si me encontrasen, si algún día mis padres me encontraban, tendrían que comprarme toda la heladería, toda una tienda de Baskin-Robbins para mí sola.

«Ya te he dicho que pares de moverte, ¿verdad?»

—¿Estás bien, Jenny? Podemos descansar un rato, si quieres.

—Estoy bien.

—¿Y tu padre?

—Ya se lo he dicho. Era... mi padre. Le quería. Me llevó a Disneylandia. En mi cuarto me dejaba que me subiera encima de él como si fuese un caballo. Porque cuando era pequeña me encantaban los caballos. Me llamaba Jenny Penny, de penique, porque me hacía un truco con una moneda, se la escondía entre dos dedos y me la sacaba de la oreja, y yo nunca sabía cómo lo había hecho y le pedía que lo repitiera, que me hiciera el truco del penique, y por eso empezó a llamarme así.

La inspectora Mary me preguntó si necesitaba un pañuelo.

Respondí que no con la cabeza.

—Al cabo de un tiempo —continué—, se convirtieron en mis padres de cuento. Como los que te inventas, porque había empezado a olvidarme de sus caras. Y de sus voces también, de cómo hablaban, ¿me entiende? Y Padre y Madre eran reales porque estaban allí. Y tienes seis años y siete y ocho y nueve, y ahora ésa es tu familia. Y, sí, era una familia extrañísima, como los cómics de Supermán de Mundo Bizarro. Padre tenía pilas y pilas de cómics viejos. Bueno, lo que decía, que hay un planeta que se llama Bizarro, donde viven otro Supermán y otra Lois Lane y otro Jimmy Olsen, pero son... Bueno, son raros, son lo contrario de los de la Tierra. Y me daban... Me daban pánico. Tenía miedo de los cómics de Bizarro porque era lo que yo estaba viviendo. Eso era esa familia para mí. Porque, en la Tierra, tu padre no te, bueno, no...

Acepté el pañuelo que me ofrecía la inspectora Mary. Eso es lo que ocurrió: hablé de cuando tenía seis y siete y

ocho y nueve años, y me convertí en una niña de seis y siete y ocho y nueve. Hice una regresión.

—¿Adónde te llevaron? —preguntó la inspectora—. Cuando te secuestraron, ¿adónde fuisteis?

—Nos caímos por la madriguera del Conejo Blanco.